

HISTORIA
DEL
SEÑOR DE RENCA

URBANO J. NUÑEZ

(Año 1954)

Con la presente publicación de la “HISTORIA DEL SEÑOR DE RENCA”, inicia la Secretaría de Informaciones y Turismo de la Provincia de San Luis, la serie de trabajos sobre los acontecimientos que en el tiempo eslabonan y estructuran la historia local.

La extraordinaria Ley N° 2395 de “Fomento del Turismo”, incorporada recientemente a las realizaciones de nuestro gobierno, prescribe en sus enunciados como fase esencial la divulgación de las más diversas manifestaciones de orden histórico y cultural con la finalidad expresa de arriba a “un mayor y mejor conocimiento de la provincia”.

Tales propósitos se cumplimentan al presentarse con intervención de organismos especializados, mediante una información organizada, cuya acción eficiente deja profundas huellas en el espíritu de quienes tienen contacto con las cosas de la tierra nativa.

Qué profunda, qué sincera emoción se siente cuando la palabra escrita nos pone en íntima comunión con el solar provinciano y el sabor de su historia nos aviva el tierno y a veces nostálgico amor por el terruño!

El espíritu y la letra de los objetivos generales de la cultura contenidos en nuestro Plan Quinquenal, propenden a que el habitante de la provincia adquiera exacta noción de la capacidad y de los valores culturales que fundamentan la nacionalidad argentina y que compenetrado con los factores históricos puedan incrementarlo y lograr una jerarquización de esos valores que dan vida a la personalidad de nuestro pueblo.

Teodoro Ranke denominó “terrena inmortalidad del espíritu” al legado que una generación hace a la subsiguiente sin perder contacto con la historia y la tradición.

Con un elevado criterio de esta imperiosa necesidad argentina, la Secretaría de Informaciones y Turismo encara hoy la divulgación periódica de todo cuanto tenga relación con nuestra vida espiritual, porque los pueblos -en ésta su hora- no pueden ni deben dar espaldas al pasado.

Aunque encerrada en los límites de una escueta disertación, “HISTORIA DEL SEÑOR DE RENCA” es un aporte a estos propósitos, porque ella es un jirón del alma de nuestro pueblo. Por vez primera se hace un estudio exhaustivo de los antecedentes que dieron lugar a la radicación en San Luis de la imagen venerada, a cuyo amparo creció un pueblo laborioso que supo vestirse con el verde vegetal de labrantías en una aurora de optimismo y de trabajo.

Pueblo esforzado, valiente y sufrido que contribuyó con la sangre generosa de sus hijos cuando la gesta Sanmartiniana señaló con un hito de gloria la emancipación americana en San Lorenzo.

“HISTORIA DEL SEÑOR DE RENCA” es la historia hecha leyenda en el alma del pueblo sanluiseño, y la leyenda, como parte de las tradiciones, es esencialmente popular. Escribía en una oportunidad Chesterton: “Son los humildes trabajadores de la tierra quienes han creado los genios; ellos no podrían nombrar sus reyes, pero nada les impedía crear dioses”. La tradición oral es la vivencia de las leyendas. Nada pierden ellas cuándo, como en este caso, se buscan con amor sus raíces en el humus nutricional de la historia.

Consecuente con el pensamiento de la Secretaría de Estado mencionada, esta publicación ha de conformar en un todo los propósitos que la animan, porque la expresión buscada y que representa el alma del pueblo, debe estar encuadrada en la mística de la patria, la cruz, los héroes, sus lares y su tradición.

En la Argentina no es legítimo sino lo argentino. De ahí que afirmaremos con José Hernández “que todos lo tenemos en casa”.

Enrique Ojeda (h)

Un sábado ya lejano, el 12 de febrero de 1938, con la serenidad que da la certeza de un puerto celeste, inefable y entero, cerró los ojos a la tierra de su firme bregar y de su buena siembra el P. Juan Francisco Suárez. Moría en esta ciudad de la Punta, sencillamente, como la voz de las campanas del Angelus, como las palabras del rezo humilde que, trocado ya paloma luminosa, le señalaba el rumbo a la Gloria.

Entre las paredes del Hospital de Beneficencia cerró los ojos el P. Suárez, de quién la calumnia llegó a decir: "Más rico que el cura de Renca", salpicando con su ponzoña el perfumado surco de su labor plena de amor y generosidad. El inventario de aquella singular riqueza, reseñado en su necrología, es elocuente: "Ha dejado varias obras manuscritas -donadas al Obispado, como asimismo los libros que poseía y que ha destinado al futuro Seminario-, algunos de valiosa importancia, como la 'Historia de la Parroquia de Renca' (a la que apenas falta la introducción), 'Esbozo monográfico del Cristo de Renca', 'Influencia religiosa en el descubrimiento y civilización de Cuyo', 'De buen humor' (importante volumen de anécdotas) y 'Pensamientos' (máximas), cuyo número es elevado".

Este conjunto de obras, que tanto hubiera interesado a San Luis conservar (pues fue realizado por quien, durante treinta años actuó en su jurisdicción), ha desaparecido, debido a una circunstancia que creemos necesario puntualizar.

Al morir el P. Suárez, todos sus papeles (y quizá también los documentos que sabemos poseía), fueron entregados a Monseñor Verdaguer, "Obispo de Mendoza y el historiador eclesiástico de las cosas de Cuyo", como lo llama el P. Manuel Rodríguez Soler, de quien tomamos estas noticias, "a fin de que informara sobre el valor que literaria o históricamente podrían tener", dicho informe fue lapidario, tanto que ya no se dio más importancia a esos papeles ni hubo interés en publicarlos. Para mayor dolor de los que amamos esta dulce tierra puntana, nadie puede afirmar que las obras del P. Suárez, ésas que para algunos sólo son papeles, hayan sido devueltas a San Luis. El P. Rodríguez Soler sugiere que la búsqueda podría hacerse en el Obispado de Mendoza o en la biblioteca particular de Monseñor Verdaguer.

Mientras llega la hora de inquirir el paradero de esos papeles, que pertenecen a San Luis y que estamos seguros no negará Mendoza si es que se encuentran allá, podemos meditar sobre la extraña actitud de Monseñor Verdaguer. Y decimos extraña por que nos cuesta creer que las obras del P. Suárez fuesen de ningún valor, ya que eran el fruto de una vida. Aunque se hubiese tratado de "divagaciones históricas", como afirma el P. Rodríguez Soler, debemos recordar que muchos divagadores dejaron más de una vez, entre la engañosa y volandera paja, uno que otro grano bien sazonado.

Ahí está, por ejemplo, Pastor Obligado, que "divagaba" en serie. ¿Y no tenemos otro "divagador" admirable en Sarmiento que, cuando no sabía, inventaba y así se llenaba los puños de verdades?. ¿Y no divagó Ameghino, pintando infantiles muñequitos que aseguraba eran de la gruta de Intihuasi? ¿No divagó, por fin, el laborioso Gez, paseando incas por la Punta de los Venados y "descubriendo" la "raza" michilingüe en el valle del Conlara?.

De ningún modo pretendemos negar la obra de estos hombres ni empañar la gloria que cada uno de ellos conquistó. Lo único que queremos es afirmar que los "papeles" del P. Suárez siempre serán valiosos para los puntanos, porque forman parte de su patrimonio histórico y porque fueron escritos por un hombre

que amaba esta tierra generosa, el primero que trató de reseñar, con los escasos elementos que tuvo a su disposición, la historia de esa imagen sin igual, de ese admirable fruto del fervor cristiano que es el Señor de Renca.

Rendido este homenaje, tan justo y tan sincero, a su memoria, vamos a explicar nuestra interpretación, en la que hemos puesto el amor y el respeto que nos merecen las glorias de esta tierra que cada día sentimos más cerca de nuestro corazón.

En 1937, el P. Juan Francisco Suárez, presentó al Primer Congreso de Historia de Cuyo, reunido en la ciudad de Mendoza, un esbozo monográfico titulado "El Señor de Renca", que mereció de Fernando Morales Guiñazú estas honrosas palabras, tal vez no conocidas por Monseñor Verdaguer: "Es un trabajo honrado, de información perfectamente documentada, en que se domina totalmente el tema, desarrollado con cariño y con sinceridad".

En dicha monografía, el P. Suárez plantea y trata de resolver la siguiente cuestión: "¿Cuál ha sido la primitiva y original imagen del Señor de Renca: un Señor crucificado, como se da a entender en trabajos históricos y aun en ciertos documentos de las antiguas autoridades eclesiásticas..., o una efigie del Señor bajado de la cruz y en actitud de estatua yacente, como lo representa el Señor del Espino, que se venera en Renca?".

El problema, en verdad, es interesante y de importancia especialísima, pues la milagrosa imagen llena varias páginas de la historia espiritual de San Luis. Por eso, desde un principio, nos atrajo el análisis que el P. Suárez hace de los antecedentes por él reunidos. Vamos a repetirlos someramente, pues por el hilo sacaremos la madeja.

Como fuente principal de tradición, el P. Suárez se refiere a la novena que, de tiempo inmemorial, viene rezándose en Renca. De esta novena existía un manuscrito, al parecer del P. Gil, que había sido hallado por Gez en el Archivo de esta Provincia, aunque ahora nadie sabe decirnos dónde ha ido a parar. Consolémonos pensando que lo que una ola lleva, otra ola trae. También por suerte, su texto fue salvado por el P. Suárez y todavía hoy pueden hallarse algunos ejemplares de su reimpresión. Cuando los PP. Franciscanos se hicieron cargo de la Parroquia de Renca, en 1934, reemplazaron la antigua novena por la que actualmente se reza que, por cierto, está muy lejos de tener los méritos de la primitiva.

En este piadoso ejercicio, cuyo texto certifica la relación de la efigie puntana con la de Chile, se dice que la Sagrada Imagen hallada en Limanche fue conducida al Renca chileno y de allí una copia a la parroquia puntana del mismo nombre. El P. Suárez se pregunta entonces, qué se sabe del primitivo Señor de Renca, es decir, cómo era, qué representaba. La novena dice que la imagen fue hallada "prodigiosamente labrada en el corazón de un espino". En este punto tiene el P. Suárez su primer tropiezo de investigador, pues encuentra que Monseñor Verdaguer, en su rica "Historia eclesiástica de Cuyo", dice laurel, en lugar de espino. Y como si esto fuera poco, Verdaguer afirma luego categóricamente que "el primitivo Señor de Renca fue hallado en 1636 por el indio que estaba cortando madera en los campos de Limanche".

Nuestro buen P. Suárez, con toda sencillez y naturalidad, expresa entonces: "El fondo del dato está de acuerdo con la novena, pero, ¿dónde consta la exactitud de la fecha?. ¡Pobre curita de aldea!, debe haber pensado Monseñor cuando leyó las ingenuas palabras del P. Suárez, que ponía de manifiesto su escasísimo caudal bibliográfico.

Con paciencia y cariño, cualidades primordiales de todo investigador, el P. Suárez, sigue buscando noticias sobre la milagrosa imagen, de la cual fue celoso custodio. Así, en un libro de Bautismos de la ciudad de San Luis, encuentra una partida que parece ser de 1727, correspondiente a la Capilla del Señor de Renca, documento que le da la certeza de la advocación primitiva.

Halla después autos de visita de los Obispos de Chile, los que dicen “La Capilla de Renca” o “Renca”, a secas, al referirse a la naciente villa puntana. La obra de Verdaguer también le suministra noticias interesantes, pues encuentra que el Obispo González Melgarejo menciona “el lugar llamado Santo Cristo de Renca”, como una alusión directa a la sagrada imagen.

En un inventario del año 1764 que el P. Suárez hizo copiar en Córdoba, aparece por fin, mencionada con precisión la imagen del Señor de Renca “en su nicho con cartelas y coronación, todo dorado”. También en el inventario de 1810 se destaca la imagen, a la que se llama “Efigie milagrosa del Cristo de Renca”.

Prosiguiendo con su tesonera búsqueda, el P. Suárez vuelve a tropezar con el texto de Verdaguer. Monseñor afirma que “la capilla del señor de Renca existía desde principios del siglo diez y ocho, para dar culto a la imagen del Señor crucificado, copia de la muy venerada en Chile”.

Esto, para el bueno del P. Suárez, no está claro. Le escribe, entonces, al Monseñor Verdaguer, pidiéndole mayores datos. Y el “historiador eclesiástico de las cosas de Cuyo”, se limita a responderle: “La Parroquia de Renca de Chile tiene por titular ‘La Santa Cruz’, que se dio probablemente en memoria de la que se mostró en un árbol de laurel el año 1636”.

Esta respuesta no es convincente, pues no aclara si el primitivo Señor de Renca, es un Crucifijo o un Cristo yacente. Para mayor confusión, de las palabras de Verdaguer parecería desprenderse que lo hallado en Limanche fue sólo una Santa Cruz.

Y el P. Suárez, que no en vano ha nacido en León, deja a un lado la monumental “Historia” del digno Monseñor y se enfrasca en la lectura de la humilde novena, buscando desentrañar el misterio de la Sagrada Imagen. Repasa una y otra vez el texto, contempla arrobado la rosca efigie labrada en el tronco del espinillo y el corazón le grita gozoso: ¡No hay otro! ¡Este es el Divino Señor de Renca!”.

Concluye, pues, radiante, lleno de felicidad, su esbozo monográfico. Y ya sale, sencillo y manso, a pasear su figura bonachona por las quebradas calles de la villa, que cada vez está más pobre, que cada día está más sola.

El P. Suárez, que escribe lo que siente, no sabe que hay un abejorro oscuro y zumbador, un “mangangá” llamado erudición, que turba la serenidad de las más puras rosas, que clava su aguijón en los más queridos frutos del espíritu...

Buen P. Suárez: nosotros te hemos admirado siempre y te queremos como al canto inolvidable del Conlara y a los atardeceres de la tierra que fue tuya y que ahora es un poco nuestra, porque en ella el dolor del corazón se nos hizo verso y el alma miró a los cielos y sintió que amanecía...

Acaso nuestra fortuna sea también, como la tuya, un montón de papeles amarillentos e inútiles, donde noche tras noche, hemos querido aprisionar el fulgor de una estrella, tan alta y tan pura que no nos atrevemos a nombrarla, temerosos de manchar su gloria inmarcesible.

De ti dijeron que el Señor de Renca te había enriquecido. De nosotros también pueden decirlo, porque una mañana perfumada de poleo Nuestro Señor volcó en nuestra soledad la plata de su perdón y el oro de su esperanza.

Fraterno P. Suárez: cuando tu amor te hizo historiador, no fue Clío la esquiiva sino los hombres que sabían más que tú, que tenían más libros que tú. Pediste y nada te dieron. Llamaste, y nadie te abrió las puertas que mirabas con los ojos azorados.

Pero no importa. Para todas las cosas hay sazón. Y ahora después de mucho tiempo, ahora que ya no estás en este mundo, ahora que tus papeles no son nada más que un recuerdo, nosotros vamos a contarte todo lo que tú quisiste saber y que aprendimos sólo porque tú nos mostraste el camino.

Y ésta es la historia del Señor de Renca.

Larga y estrecha, como la vaina de una espada, es la tierra de Chile. Y acaso en esta forma encuentra los denodados españoles que van a ganarla, un presagio de lo mucho que habrá que guerrear, antes de que puedan sentirse dueños de sus ríos y sus valles, de sus montes y sus praderas.

Pero no se deja un mundo si no es para conquistar otro. Nuevas son las constelaciones, con su misterio y su consuelo, mas siempre es el mismo el espíritu de la España heroica, flameando en la alegría de sus banderas, eternizándose en la dignidad de su mensaje.

Venciendo desiertos de muerte, doblegando montañas aterradoras, avanzan las huestes, apretada flor de esperanza, buscando el rumbo que, en la hondura nostálgica del cielo, se hace Cruz rutilante, como si también los astros escribieran la gloria de su destino.

Hombres de hierro y de sueños, no se detienen ante la zumbadora perfidia de las flechas ni alcanza a desbaratar su anhelo la desolada inquietud de las tierras que los indios desalojan entre clamores de venganza.

Hombres de España, hombres acostumbrados a dialogar con Dios en la constancia de la espera, llevan a los valles chilenos el canto de su trabajo que, si bien quebrado a veces con el acre fragor de la mosquetería y el fiero cimbrar de sus lanzas, crece pujante y sublime, como un himno de victoria. Y así, la misma espada que troncara trágicamente la fiereza araucana abre los surcos fragantes donde la semilla cae, dorada de promesas.

El hambre ronda meses y meses las nacientes poblaciones, mientras los bravos hombres de España templan su vivir sobresaltado. Mas los campos, al fin se cubren de espigas y el canto de los granos maduros se entrelaza a la oración de las almas, fortalecidas en su fe triunfadora.

Porque así son aquellos varones, que en la misma espada de su duro bregar llevan la cruz de la redención. Hombro a hombro, recias estrofas de una misma epopeya, el soldado y el misionero cruzan bajo todos los soles y riegan con su sudor y con su sangre todos los campos, para que se prolongue el uno al otro confín, por los siglos de los siglos, la palabra de amor de Jesucristo y la dignidad de un pueblo que, por obra de ese mismo amor, juegan a la muerte para ganar la Vida.

Conquista de la tierra, pero también conquista del espíritu es aquélla. Por eso andan juntos el acero y la estameña, el León y la Paloma. Mercedarios, franciscanos y dominicos dicen su renovado mensaje, desde las costas abiertas hasta más allá de las nevadas sierras y desde la Punta hasta el archipiélago florecido de espumas.

Pero ellos solos no pueden sobrellevar tantas fatigas, vencer tantas distancias, cegar tanta mies. Y un día, surcando la furia de los mares, llegan a las tierras chilenas las heroicas milicias de aquel soldado de la Cruz que se llamó Ignacio de Loyola. Pocos son. Se pueden contar con los dedos de las manos. Pero cada uno vale por un escuadrón.

Allá por abril de 1593 el cerro de Santa Lucía los ve llegar a la ciudad que el Mapocho arrulla. Santiago de la Nueva Extremadura, primera pica que don Pedro de Valdivia clavara en la carne indomable de Arauco, se abre cordial para recibir a los obreros del Señor. Y aquel puñado de hombres, aguerrido y manso a la vez, pone en cada rumbo de la rosa de los vientos el fuego de su fe y de su voluntad inquebrantable.

Traen un acento nuevo para la misma palabra. Dicen que el vestido se debe hacer según la tela que se tiene; pero mientras tanto, arman su telar y tejen primorosamente. Saben, y lo repiten por todos los caminos, que Nuestro Señor es Padre amantísimo, que de El nos viene el pan de cada día. Mas no por eso se cruzan los brazos, sino que muelen el trigo y ciernen la harina, como hijos diligentes que son.

Escrito está que “quien añade ciencia añade daño”. Mas los soldados de Jesús se adiestran en todas las artes, como buscando la prístina raíz del Daño, para arrancarla de este mundo. Y la milicia de San Ignacio, como un árbol magnífico, se afirma en la tierra para que su fruto esté más cerca del cielo.

Dos años después de la llegada de los jesuitas a Chile, un rico vecino de Santiago les dona una estancia cercana a la ciudad, junto a Pudahuel, hacienda que luego se llamará la Punta. Podemos creer que empiezan a cruzarse así los hilos que han de formar la trama de la historia que ahora tratamos de ubicar en el tiempo.

La tierra chilena tiene singulares encantos. Alejado el indio, establecidas las poblaciones, cosechados los frutos del trabajo tesonero, los hombres pueden gustar con más serenidad la belleza de los valles cordiales, la suavidad del temple, la sinfonía de los astros. Y si en las recelosas pausas del duro guerrear no faltó el poeta que, sobre el bélico tambor, escribiera, -lerda la mano pero rotunda la estrofa-, el canto triunfal de la gesta, ahora sí la pluma de los cronistas rasguea con aire enamorado, queriendo copiar tanto manso color, tanto encendido aroma. Y una a una, van brotando las maravillas.

“Entre las fuentes, es muy célebre la de Ramón, así por su bondad y buenas cualidades, como por la abundancia de sus aguas, que son tantas que ellas solas bastan para cultivar y regar muchas tierras, y está dos leguas de Santiago al Oriente. Allí cerca, en su contorno, hay otras muchas entre las cuales es digna de particular advertencia la de Caren, que nace en un prado llano y hermosísimo, el cual consérvase todo el año verde con la yerba que nace en él a manera de menudo trébol, a quien los naturales llaman *caren*, y es muy regalada de comer”.

Hallamos en esta descripción otro hermoso hilo para la tela que vamos urdiendo, pues esta palabra *caren*, repetida para significar abundancia, según la costumbre mapuche, puede ser muy bien el origen del nombre de Renca.

Sin embargo, por ahora sólo diremos que, poco a poco, los jesuitas de Chile consolidan su patrimonio temporal.

No muy lejos de la pequeña hacienda de la Punta, hacia el Poniente, les había donado por el año 1616, precisamente en un lugar llamado Caren, un terreno de trescientas cuerdas, junto a las cuales compraron después otras mil doscientas. Estos bienes, unidos a varios más no menos importantes, que no necesitamos consignar, les permiten redoblar su celo evangélico, realizando misiones no sólo en Chile sino también de este lado de la Sierra Nevada, recorriendo así la Provincia de Cuyo en la que, centinela del desierto, avizora el horizonte la heroica ciudad de la Punta, la Nueva Medina del Río Seco.

En Chile, al norte de Santiago, cumplen su esforzado ministerio por los valles de Quillota, ricos de granos y ganados y donde abundan las minas de oro y de cobre. Hay también, por esa zona, unos bosques amenísimos, “donde muy rara vez se tropieza con algún leoncillo”. En cambio, el aroma de los árboles y de las yerbas que en ellos crecen, se torna inolvidable.

Viraviras y copihues, zarzaparrillas y pasionarias, ya se arrastran por el suelo fresco y mullido, ya trepan por uñis y palquis, por cedros y pillenes, dejando caer una lluvia de pétalos polícromos.

Pero no cruzan estos bosques los jesuitas sólo por recreo. Se detienen, sí, a aspirar la fragancia de las flores y un punto también se quedan suspensos oyendo el gorjeo de los pájaros multicolores. Mas, siempre despiertas las manos, siempre inquietos los ojos, buscan la hoja que conforta, la flor que cura, el fruto que sustenta, el leño capaz de cobrar vida bajo las gubias y los escoplos.

Y así como los indios temen al árbol del incienso porque “llora”, y no dejan que los ganados de cuerno coman las hojas del palqui, porque dicen que no son buenas, los obreros de San Ignacio conocen las virtudes de la flor de la perdiz y la canchalagua, del payco y el chinchín, y aprecian la madera del litri y la patagua, del alerce y el cavén, con las que construyen sus iglesias y capillas.

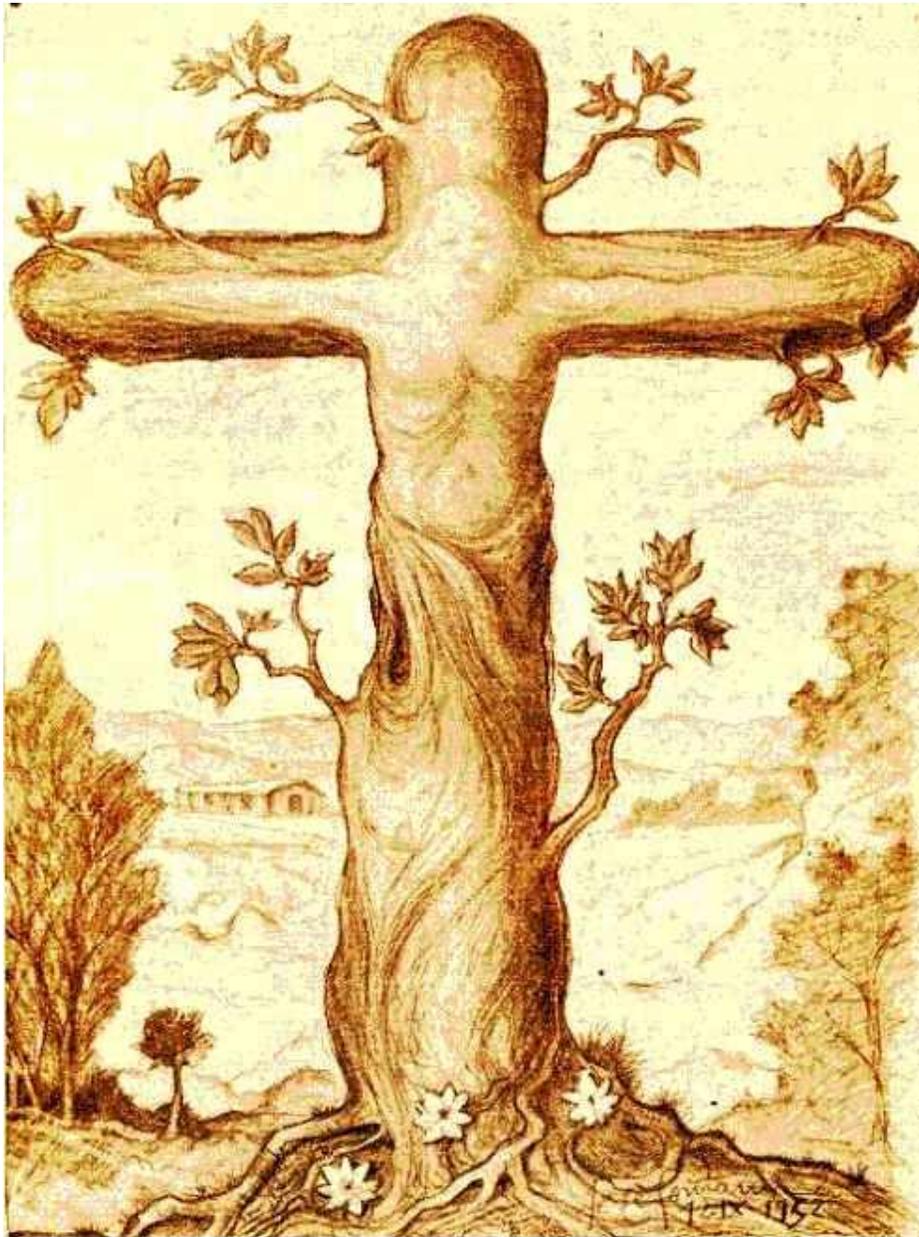
Precisamente allá por 1630, recorre los alrededores de Quillota, por donde el río Limanche serpentea y vuelca sus aguas cantarinas, el hermano Francisco Lázaro, insigne escultor al decir de sus mismos compañeros, quien busca maderas apropiadas para las obras que tienen iniciadas.

Y en esa tierra encantadora ocurre un día el portento que conmueve todos los corazones. Para narrarlo, nada mejor que las palabras de su único cronista, el P. Alonso de Ovalle quien en su admirable libro “Histórica relación del Reino de Chile”, publicado en Roma en 1646, anota estas ricas noticias sobre el Cristo que después sería el Divino Señor de Renca:

“Demos ya fin a esta materia con el prodigioso árbol que el año de treinta y seis se halló en el valle de Limanche, jurisdicción de Santiago de Chile, en uno de aquellos bosques donde le corto un indio, entre otros que fue a cortar para hacer maderas para cubrir las casas.

Nació y creció este árbol en la forma y figura que aquí diré puntualmente, como lo he visto y observado con tanta atención. Cuando se cortó este árbol, sería del tamaño de un bien proporcionado y hermoso laurel, en el que se ve, a proporcionada distancia del nacimiento de la tierra, como a dos estados de altura, atravesada al tronco una rama o ramas, que forman con él una perfectísima cruz. Dije rama o ramas, porque en realidad de verdad, jamás pude discernir, -aunque lo miré con todo el cuidado y atención que pude-, si eran una o dos. La razón natural inclinaba a que fuesen dos que, naciendo una de un lado y otra de otro, pudiesen hacer los brazos de esta Cruz; y éste parece que era el modo más connatural de formarse esta figura, pero no es así, por que no se ve sino una rama que atraviesa derecha por encima del tronco, pegada a él y sobrepuesta, como si artificiosamente se le hubiera encajado, de manera que parecen estos brazos de la Cruz hechos a posta de otro leño y pegadas a este tronco.

Hasta aquí la cruz, que bastara ella sola a causar admiración en los que la ven. Pero no para aquí la maravilla, por que hay otra mayor y es que, sobre esta cruz así formada, se ve un bulto de un Crucifijo del mismo árbol, del grueso y tamaño de un hombre perfecto, en el cual se ven clara y distintamente los brazos, que aunque unidos con los de la Cruz, se revelan sobre ellos, como si fueran hechos de media talla. El pecho y costados formados de la misma suerte sobre el tronco, con distinción de las costillas, que casi se pueden contar, y los huecos de debajo de los brazos como si un escultor los hubiera formado, y de esta manera prosigue el cuerpo hasta la cintura.



El Crucifijo de Limanche (1636), según Ovalle.

De aquí para abajo, no se ve cosa formada con distinción, sino a la manera que se pudieran pintar revuelto en la sábana santa; las manos y dedos se ven como en borrón, y el rostro y cabeza casi nada; y fue el caso que el indio que cortaba este árbol, no haciendo al principio diferencia de él a los demás, fue hachándole por uno y otro lado, para hacer de él una viga, con los otros y así se llevo de un hachazo aquella parte que correspondía a la cabeza y rostro, y hubiera hecho lo mismo con lo demás a no haber advertido en la Cruz, que le hizo reparar y detenerse.

Corrió luego la voz de tan gran prodigio y una señora muy noble y muy devota de la Santa Cruz, que tiene sus haciendas en el mismo valle de Limanche, hizo grandes diligencias por haber este tesoro y habiéndole alcanzado, lo llevó a su estancia y allí le edificó una iglesia y la colocó en un altar, donde al presente está venerada por todos los que van a visitarla...”.

Este es, de acuerdo con las palabras del P. jesuita Alonso de Ovalle, el origen del Cristo de Limanche. Las preguntas del P. Suárez empiezan a ser contestadas. El insigne escritor chileno nos asegura que es un Crucifijo y, además de describirlo minuciosamente, nos brinda un elocuente grabado, que nosotros podemos hoy mostrar a nuestros amigos puntanos gracias al arte fraterno de don José Fontana, quien rinde así homenaje a esta tierra de hombres generosos.

Notamos que Ovalle describe el prodigioso árbol como “del tamaño de un proporcionado laurel”, sin asegurar que lo fuese. En el dibujo, al que no debemos ajustarnos estrictamente, pues el artista que ilustró la obra chilena suplicó con la imaginación lo que sus ojos no habían visto, las hojas aparecen ovales, siendo pues más propias de laurel que de espino. Sin embargo, al ocuparse de Renca, el cosmógrafo Cosme Bueno menciona la “Imagen milagrosa del Santo Cristo del Espinillo” la que, según él, “fue hallada en una espesura de espinos, como que se había criado allá con los demás”.

El maravilloso Crucifijo es venerado durante varios años en Limanche pero posteriormente se lo traslada al pueblo de Renca, en las cercanías de Santiago, donde los jesuitas continúan desarrollando su perseverante labor.

La fama de esta milagrosa imagen crece allí año tras año, hasta que en 1729 un incendio que destruye su capilla consume también el prodigioso árbol, salvándose un trozo del pecho del Cristo singular.

La misericordia de Nuestro Señor permitirá que de esta desgracia brote, para consuelo del pueblo puntano, una eterna fuente de paz y de esperanza.

Roja y oscura es la madera del litri chileno, al que los españoles dicen también laurel. Roja es, asimismo, la del espino, la del cavén de flores perfumadas. Pero más rojas y más oscuras son las llamas que un amargo día trepan destructoras por aquel admirable Crucifijo de Limanche, aquel milagroso Arbol que en Renca derrama su sombra bienhechora.

Llora el pueblo chileno su dolor y no se aviene a perder su tesoro. Por ello, lleno de fe, talla un nuevo Crucifijo en el que incrusta el pecho carcomido por el fuego, de aquel Cristo prodigioso que un indio hallara en el valle de Limanche.

Alguien tiene entonces la piadosa idea de emplear algunos fragmentos, algunas sagradas astillas de la imagen primitiva para hacer una copia del venerado Crucifijo. Y nace así, acaso predestinado, el Señor de Renca puntano.

Manos fieles lo cargan, quién sabe cuándo, sobre la mula sufrida y mansa, y aquélla sin igual fortuna, aquel tesoro bendito, se aleja para siempre de las riberas del Mapocho, porque otra tierra heroica, otro pueblo creyente y abnegado lo está aguardando para volcar a sus pies los frutos de su vivir esperanzado.

Adiós le cantan las campanas, adiós le dice el río musical. Raudas y gozosas, escriben las golondrinas, de la nube a la rosa, del pañuelo al suspiro, los versos de la despedida. Humilde y buena la huella suaviza su aspereza y el aire todo se torna un hondo, un inolvidable aroma de espinillos en flor.

Después, viene la cordillera, cada vez más alta, cada vez más riesgosa. Serpentean las mulas por los agrios senderos y el corazón de los arrieros va engarzando sustos y maravillas, confianzas y desvelos. Mas, ¡qué certeza de buen viaje les da aquel Divino Señor que, desde la hondura de la petaca recia, los acompaña y guía con su luz esplendorosa!

Valles y montañas los ven pasar, venciendo angustias y distancias.

Días y noches oyen sus nostalgias y fortalecen sus esperanzas. En Mendoza, la alegría se hace canto y rasgueo de guitarra. Sin embargo, hay que seguir más allá, cruzar el Desaguadero y sufrir la desolación de la travesía. Pero no importa. El cielo todo se esta azulando de presagios.

Ceñidos por la sierra de San Luis y la de Comechingones, se extienden, un tanto hosco, el valle de Concarán, por donde el río Conlara dialoga con piedras y barrancos.

Tiene el valle algo de puerto y de valuarte, pues a la vez que brinda los escondidos rincones donde se multiplican los ganados y las mazorcas generosas, también tienen la furia de pehuenches y ranqueles, que no se atreven a internarse en él.

Don Juan Jufré, allá por 1562, tuvo la gloria de descubrirla. Con un puñado de valientes recorrió esa “muy buena tierra, poblada de naturales y de buen temple”, descubrimiento que el esforzado general, según el elocuente decir de añejas crónicas, realizó “muy cristianamente, no consintiendo que se hiciese daño alguno a los indios... y así no se mató ninguno en toda dicha jornada ni se les dio ocasión para que se escandalizasen, y quedaron en sus casas, quietos y pacíficos, y muy contentos y alegres”.

En aquel entonces, la nueva tierra fue bautizada con un nombre que, acaso, era un anuncio: se lo llamó Valle de la Vera Cruz.

Y a este valle de la Vera Cruz llega desde Chile, trayendo su amoroso mensaje, el Crucifijo de Limanche, el Señor de Renca.

Alegría grande sería poder determinar la fecha de este acontecimiento singular. Mas los datos que conocemos no son concluyentes.

Monseñor Verdaguer consigna que, ya en 1745, actuaba en la Capilla puntana de Renca el Pbro. Ignacio Fernández. El P. Suárez dice que en la Catedral de San Luis se anota un bautismo realizado en la misma Capilla en 1727, lo cual no es exacto. Gez, por fin expresa que en 1720, los indios del sur arrasaron las estancias del Río V, penetraron en El Morro, Renca y llegaron hasta Santa Bárbara. De acuerdo con esta afirmación, Renca ya se denominaría así en 1720. Pero no podemos confiar demasiado en las palabras de Gez. Creemos más bien, que la invasión mencionada no pasó mucho más allá del Morro, pues entonces existía, en el Río V, la capilla de Santa Bárbara, como lo anota el Obispo Bravo del Rivero. Ignorando este detalle, pudo Gez haber identificado esta Santa Bárbara con la actual San Martín, de donde deduciría, en consecuencia, que los indios penetraron también en Renca.

Hasta tanto no sean halladas nuevas referencias, el problema no tiene solución. No obstante, señalaremos algunos detalles que merecen tener en cuenta para determinar la antigüedad de Renca con esta denominación, ya que, como núcleo de población, su existencia es anterior. En nuestro territorio, la estancia, la chacra, el puesto, la pulpería, han sido en muchos casos, la célula que dio origen a la villa.

Después de compulsar diversos documentos, afirmamos que la llegada del Señor del Espino al lugar que en su honor o como una consecuencia, tomó el

nombre de Renca, está íntimamente ligada a la obra que los jesuitas realizaron en San Luis.

Ya en 1609 actuaban desde Mendoza los PP. Alejandro Faya y Juan Pastor. En 1611, el P. Cristóbal Diosdado realiza frecuentes misiones entre los indios de Cuyo, pues domina sus idiomas.

Desde entonces, los jesuitas establecidos en Mendoza no dejan de visitar el territorio puntano, a lo que se agrega la labor de los Padres que entran por el Norte y el Sur de la sierra de Comechingones, procedentes de Córdoba.

Por fin, en 1732, la Compañía de Jesús instala residencia en la ciudad de la Punta, gracias a la donación que don Andrés de Toro Mazote le hiciera de la estancia de San Javier, pronto conocida como la Estanzuela.

Llegan así los PP. Nicolás Mesa y Sebastián de Avila a esta ciudad, para secundar la admirable labor de los frailes dominicos, dignos obreros del Señor, que tienen la gloria de haber brindado a los puntanos su pan espiritual desde el alba de la primera jornada.

Por eso, cuando en esta ciudad de pecho fuerte y corazón piadoso, cuando en esta ciudad que "sólo dice su canción a quien con ella va" de cara al sol y con la mano sembradora, cuando en esta heroica ciudad de San Luis se alce, hecha mármol, la efigie de su fundador denodado, el arte y el cariño de los puntanos a de fijar en bronce inconvencible la figura del fraile Domingo que puso entre tantas paginas de gloria y de sufrimiento, la flor celeste de su mensaje de paz.

En 1724, el P. Pablo Fontecilla, de la Compañía de Jesús, misionando en la campaña, bautiza a un hijo del Teniente José de Coria, actuando como padrinos el Capitán Miguel Becerra, a quien pertenecen entonces las tierras de Carpintería y Cortaderas. El P. Fontecilla no indica el lugar donde realiza la ceremonia. Sin embargo, el 23 de septiembre de 1735, en la Capilla del Señor de Renca, que en esta oportunidad es nombrada con precisión, es bautizada otra hija del Teniente Coria, lo que demuestra que se trata de un vecino de Renca.

De manera que hasta septiembre de 1735 no aparece en los documentos que conocemos la denominación de Capilla del Señor de Renca. Recordando que los jesuitas se establecieron en San Luis en 1732, no creemos que sea aventurado afirmar que la llegada del Señor de Limanche está directamente relacionada con dicho establecimiento.

Volvamos, pues, a nuestro relato.

Renca, la escondida población puntana, empieza a crecer. El Divino Señor que la eligió por morada vuelca sobre ella sus dones. Se agrupan las familias, se intensifican las labores, aumenta el intercambio de las producciones.

El pueblo de San Luis es trabajador como el que más. Ceñido por el desierto, tiene oportunidad de evidenciar de cien modos la reciedumbre de su estirpe. Trabaja y guerrea el hombre, trabaja y sueña la mujer, trabaja y aprende en la escuela del buen ejemplo el niño. Y todos tienen a flor de labios la plegaria para bendecir el pan de cada día.

Allí está Renca con sus ganados, con sus talaes, con sus nacientes artesanías. Los Obispos de Chile empiezan a fijarse en ella. Y uno tras otro recomiendan que no le falte sacerdote que enseñe la doctrina.

En 1764, Renca ha crecido tanto que se la eleva a Parroquia. El Pbro. Juan Francisco Regis Becerra, es su primer cura. Ha nacido en San Luis y es hijo del

Capitán Pedro Gil Becerra, natural de San Juan pero que en 1735 actuó ya como padrino en un bautismo de Renca.

El P. Becerra, que durante casi cincuenta años realizara su callada obra en ese dulce rincón puntano, es como debe ser: claro como el agua, firme como las rocas, manso como el huesillo. Alguna vez escribe, como para que nadie lo olvide: “Quien hace lo que debe, hace la voluntad de Dios y quien hace lo que quiere, hace su propia voluntad, tan solamente”.

Cuando llega a su parroquia, encuentra una iglesia floreciente, a la que no le falta, para solemnizar las ceremonias, su arpa donosa y su guitarra cordial, a las que ha de agregar pronto un quejumbroso violín.

Pero, ¿y el Divino Señor? Allí está en su nicho, amorosamente guardado, oyendo el río de las plegarias, continuo y manso como el canto del Conlara. Los documentos de aquella época que hemos hallado, no dejan ninguna duda en cuanto a la forma de la imagen. El P. Becerra, en un escrito de 1789, asienta: “Iglesia Parroquial del Santo Crucifijo de Renca”. Y el Visitador Rodríguez, expresa en otro documento, de fecha posterior, no interpretado debidamente por el P. Suárez: “Estando establecido en la Parroquia de Renca, que todos los viernes del año se diga una misa, descubierto el crucifijo, a que asiste todo el vecindario, llevado de la devoción de esta Soberana Imagen...”.

Esta es, sin duda, la dulce imagen que se llevan gravada en el corazón aquellos heroicos muchachos de Renca, llamados Juan Luna, Basilio Bustos y José Gregorio Franco, cuando dejan su tierra para ir a morir a San Lorenzo.

Y ésta es la imagen que, ya en 1832, es llevada a las capillas del norte, para librarla de la furia del salvaje.

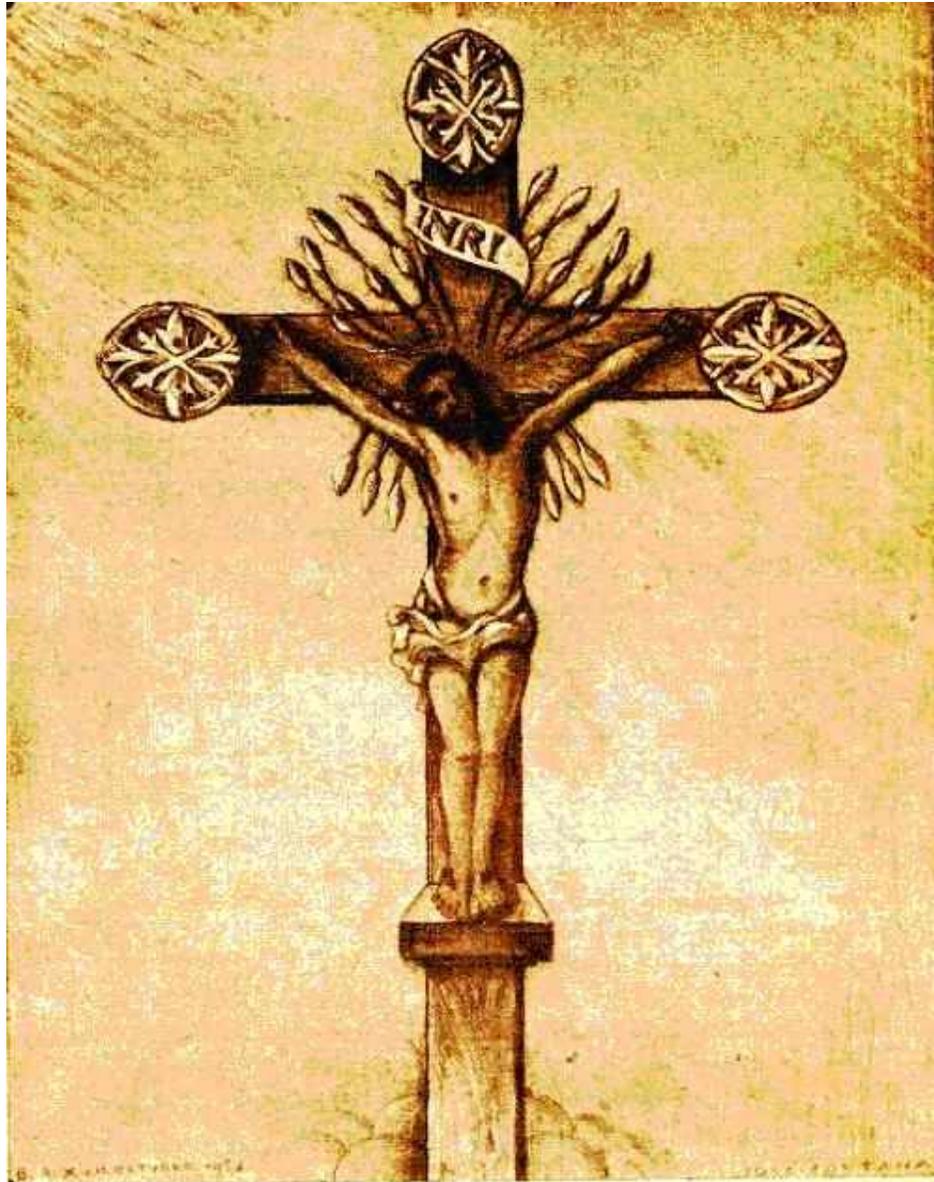
Primero el P. Suárez y después todos los cronistas de la fiera invasión ranquelina, sostienen que Fray Hilarión Etura fue quien salvó la milagrosa imagen. No obstante, afirmamos que no pudo ser el P. Etura, porque no estaba en Renca, como lo prueban los libros parroquiales y él mismo lo dice.

En efecto: el 3 de febrero de 1832, Etura pasó de Renca al Paso Grande, a “desobligar la gente y hacer la fiesta de San José”.

En el libro de Casamientos, escribe después: “El 27 de marzo salí a las once de la noche por hallarse los indios una legua del Paso Grande, donde me hallaba, a sepultarme entre los bosques y la sierra, de donde salí el treinta y uno, y de allí pasé a Renca, en donde habían existido los bárbaros el veintiocho y veintinueve, dejando todo desolado y concluido”.

Complementa esta anotación otra más extensa que aparece en el Libro de Defunciones. Por ella sabemos que “todo el pueblito que rodeaba el Santuario, por una misericordia del Señor, no fue presa de los bárbaros, pues habiéndoseles escapado... un muchacho, llegó gritando y llorando que saliesen, que los indios no estaban dos leguas...”.

Agrega más adelante el P. Etura, refiriendo sucesos de los que no fue testigo: “Los indios entraron, saquearon el templo completamente, despedazaron el altar y no dejaron una sola cosa útil en el... El primero de abril volvía a Renca y ya no hallé más que una aldea solitaria...”.



El Señor de Renca (1735?), copia del venerado en Chile.

De acuerdo con esta anotación, no queda ninguna duda de que el P. Etura no estaba en Renca el 28 de marzo, cuando los ranqueles invadieron la población y saquearon el templo. Sin embargo, en el libro de Casamientos el P. Etura consigna otra invasión, que habría tenido lugar el 8 de julio de 1832. Y aunque, según sus palabras, los indios no dejaron nada útil en la iglesia cuando su ataque del mes de marzo, describe ahora nuevos destrozos: “En Renca -diceren- renovaron al Señor el Calvario. Destruyeron lo material de todos los altares, el nicho del Señor y el sagrario, quemaron las imágenes...”.

La enumeración continúa, tétrica y minuciosa, cerrándose con esta reflexión: “Aquí concluyeron las esperanzas de poder permanecer en aquel destino de Renca, pues quedó y aún existe, después de haberse pasado un año, hecho una imagen de las Islas Desgraciadas y permanecerá así, sino para siempre, al menos para muchos años, destruida”. Y termina Fray Hilarión: “Y en fe de la

verdad de lo dicho, lo estampo para perpetua memoria de la posteridad, y lo firmo en diez de julio de 1833”.

Pues bien: la posteridad que nos responsabilizamos de representar, no acepta estas patéticas narraciones. Hay algo, en el proceder del P. Etura, que no aparece claro. Precisamente, aunque en la descripción última dice que ha pasado un año del suceso y fecha su declaración en 1833, nótase que la última cifra está corregida. Y confirman nuestra sospecha las siguientes partidas del mismo folio, que corresponde al año 1832.

No vamos a detenernos más en este punto. Sabemos que por aquellos años el P. Etura sufría un extraño desvío, del que la piedad de Dios le permitió curarse, pudiendo acabar sus días en paz en tierra chilena.

En cuanto al Señor de Renca los documentos aseguran que, después de permanecer algunos años en Santa Bárbara, pudo en serena majestad regresar a su Santuario, que el fervor de sus fieles reedificara.

El P. Gil, sucesor de Etura, en una partida de defunción del año 1839, dice que en 1832 “fue preciso llevar la Imagen de Nuestro Señor de Renca a las capillas del Norte, donde permaneció hasta el 2 de septiembre de 1836, fecha en que regresó a su Iglesia”.

En 1842, la Sagrada Imagen fue conducida nuevamente a Santa Bárbara, pero en marzo del año siguiente volvió a su trono.

La tradición de que se hace eco Gez, en el sentido de que en una de las invasiones, la Imagen habría sido lanceada y degollada por los indios, y posteriormente reconstruida por manos devotas, no resiste la elocuencia de los documentos que conocemos. Por otra parte, sabido es que este tema fue tratado por el historiador puntano con una ligereza rayana en la ingenuidad, lo que lamentamos por el mismo Gez, ya que no se puede escribir la historia con una venda sobre los ojos.

Y así, con el paso vacilante que da la poca ciencia, pero con la sinceridad de la buena intención, llegamos al último recodo de esta senda, no bien conocida, que es la historia del Señor de Renca. Diremos ahora, pues, cuándo y cómo nació la milagrosa imagen del Señor del Espino, venerada en la villa puntana dormida junto al Conlara.

Ha pasado la época de los sangrientos malones ranquelinos. El pueblo de Renca vuelto a reunirse alrededor de su santuario, buscando en el trabajo y la oración la paz que tanto necesita.

Un hombre bueno, un puntano a carta cabal, don pablo lucero, guarda valerosamente aquel pedazo de tierra querida que, poco a poco, olvida sus dolores.

En septiembre de 1854, se hace cargo de la parroquia un sacerdote manso como su nombre: Angel Pacífico Bolla. Es italiano, y en aquella tierra quebrada, llena de renovados encantos, seguramente vuelve a encontrar la dulzura del solar nativo. Es, también, como buen gringo, emprendedor y entusiasta. Todo quiere remozarlo, engalanarlo, en homenaje al Divino Señor.

Con manos inquietas y ojos risueños, busca entre las telas de don Salustiano Ortiz, tules y damascos para su iglesia. Y don Ladislao Mendoza también le vende el galón de oro, los hilos de plata que requieren los nuevos ornamentos.

Tesonero y feliz, el P. Bolla no descuida un detalle: ya encarga la paja y las cañas para techar la iglesia, ya hace un chasque a San Luis, para traer la novena de la casa del P. Tula.

Y el 3 de mayo, las humildes callecitas del pueblo se conmueven ante el estrépito de los cohetes voladores, el llanto de los violines, el retumbo del tambor, las canciones de don Vicente Peralta y don Manuel Cabrera.

Pero todo esto para el P. Bolla no es bastante. Recuerda, acaso, aquellas magníficas procesiones de su lejano país, plenas de colorido y de fervor. Leyendo la novena, repitiendo sus viejas palabras, siente, de pronto, el ardiente aleteo de la inspiración.

Colores y formas empiezan a gritar en su cerebro y los párrafos de la novena los rondan, lo persiguen, le encienden los ojos de alegría... "...Prodigiosamente labrado en el corazón de un espino..." "...el sacrilego judío que abrió vuestro costado..." Cristo y Longino... El espino y el indio... Y el P. Bolla ya sabe lo que quiere: traducir de una manera plástica, la antigua novena. Necesita, pues, un Cristo labrado en un espino y un indio hachero. Y alegremente sale a buscar quién pueda hacerle esa maravilla.

Corre el año 1857. El 1º de julio, el P. Bolla asienta en sus libros esta singular partida: "Se hizo hacer con don Manuel Paz el Espino y Longino y cobró cincuenta pesos".

De este modo nace, a nuestro entender, la imagen que hoy veneramos en Renca. El papel que le asignara el P. Bolla sólo era secundario. Mas la obra tiene el fuego y la vida de una verdadera creación y, con los años, entre los sobresaltos de las plagas y las luchas fratricidas llegará a suplantarse al verdadero Señor de Renca.

En un principio, las dos imágenes ocupan sus respectivos lugares en la devoción del pueblo. Nadie piensa en que una reemplace a la otra. Los libros del P. Bolla suministran muchas noticias al respecto. Hecho el Espino (que por cierto tiene ramas y en las procesiones se engalana con perfumadas florecillas que le hacen sus devotas), se le construyen unas andas que el mismo Paz pinta y dora. En 1860 se le coloca en una vidriera pintada de verde, colorado y caña.

También el Longino está allí. Colocado al pie del prodigioso Arbol, vestido de blanco y tocado con un sombrero de paja, levanta la mano en la que el hacha gotea a la divina sangre.

Y allá cruza, en las fiestas de mayo y de septiembre, el grupo sublime, sobre los hombros de los fieles, entre la música de los violines, el triángulo y el bombo.

Mas el P. Bolla no descuida el ornato del milagroso Crucifijo, del Señor de Renca. Las maestrías del pueblo le hacen flores nuevas; doña Juana Tula teje unos flecos primorosos para las andas y la pobre Josefa Carranza, que ya se va apagando consumida por su enfermedad, borda el palio, que luce como un jardín.

Las anotaciones del P. Bolla certifican repetidamente la existencia de las dos imágenes y, al mismo tiempo, señala en forma inequívoca cuál es la del Señor de Renca. Así, en 1864, escribe: "Se hicieron hacer tres palmas de plata para la cruz del Divino Señor de Renca con Inés Aguilar". Y en 1867 expresa, siempre categórico: "Se dieron veintiséis onzas de chafalonía a los plateros Aguilares para hacer unas palmas de plata, adorno del Divino Señor de Renca, para colocarlas en los brazos de la cruz". Estas palmas que subsistían en el tiempo del P. Suárez, pues figuran en la medalla que este padre hizo acuñar, la que ha servido de modelo al maestro Fontana para su reconstrucción del Señor de Renca.

Julio 1867		1867	1867
1	Se hizo hacer con L. de Honor		
	Paz al Espino y al Espino	50	
	habed mueras para		
2	Se hizo hacer una onofre para	4	8
	colocar al Espino y a la casa		
3	Se compraron libritos de	2	4
	para darlos a los		
	padres		
4	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
5	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
6	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
7	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
8	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
9	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
10	Se hizo		
	de la casa de los		
	padres		
		5	
			025

Páginas del Libro de Fábricas de la Parroquia de Renca (San Luis), donde aparece el pago hecho a Manuel Paz.

Este año de 1867, la antigua villa puntana sintió la angustia de las montoneras y del cólera. Pero sigue trabajando, paciente y sufrida, porque su fe le da consuelo y fortaleza.

Por aquellos tiempos, la imagen del Señor del Espino ha conquistado todos los corazones, que ven en ella al Señor de Renca. El viejo Crucifijo no tiene ese poder de atracción que fluye del leño puntano, el que se ajusta armoniosamente a las palabras de la novena.

La Mudanza de sacerdotes también contribuye a que la piadosa confusión se opere, lenta pero segura.

No falta, sin embargo, quien quiera devolver su trono al Crucifijo de Renca. El P. Pujador, que tan tormentosa existencia viviera, conoce bien la historia de las

dos imágenes, pues ha morado en Renca muchos años, antes de ordenarse de sacerdote, colaborando con los párrocos de todas las funciones.

Cuando se hace cargo de la Iglesia de Renca, su espíritu está abatido y su cerebro un tanto fatigado. Por eso, cierto día protesta contra ese pueblo que se inclina reverente ante la imagen salida de las manos de don Manuel Paz. Recio pastor de honda y pedrada, quiere que su rebaño vuelva al aprisco olvidado. Esconde, pues, el Espino y saca al viejo Crucifijo en procesión triunfal. Pero el pueblo, y con él los peregrinos de todas partes, siente que algo le falta, que le han quitado su Señor.

La lucha es silenciosa y amarga. ¿Dónde está el Espino milagroso?. Nadie se atreve a preguntarlo. Mas unos niños traen la dolorosa noticia: El Espino maravilloso yace en un rincón de la sacristía. Una mano torpe y maligna, acaso la del mismo Satanás, ha tronchado las ramas del Arbol venerado de las que solo quedan unos muñones desgarrados.

Y así, tronco bendito y querido, el Espino vuelve a su altar, proclamado ya para siempre Señor de Renca.

La otra vieja imagen se empieza a perder en el olvido. Quedan, sin embargo, algunas huellas de su existencia aún en nuestros días.

En 1918, el P. Suárez contestando el cuestionario de la visita pastoral realizada por Monseñor Orzali, declara estas imágenes: “La del Señor de Renca y un crucifijo antiguo con guarniciones de plata”. Y en su “Esbozo monográfico”, tratando de dilucidar cuál es el verdadero Señor de Renca, expresa que, teniendo en cuenta el texto de la novena, no puede serlo “el viejo Cristo de nuestro Renca, al cual ciertos devotos pretendían que se le podía acordar el rango de ser la copia auténtica del original chileno”.

Hace algunos años, cuando ya el problema de la verdadera imagen del Señor de Renca nos pareció resuelto, fuimos a la vieja villa que sólo vive de recuerdos. Estaba entonces allí el P. franciscano Eduardo Vicent, tan amigo de los árboles y las flores, aquél que proyectó hacer en Renca un Calvario que empezaría en Tilisarao, idea que fue luego magníficamente realizada en la Villa de la Quebrada.

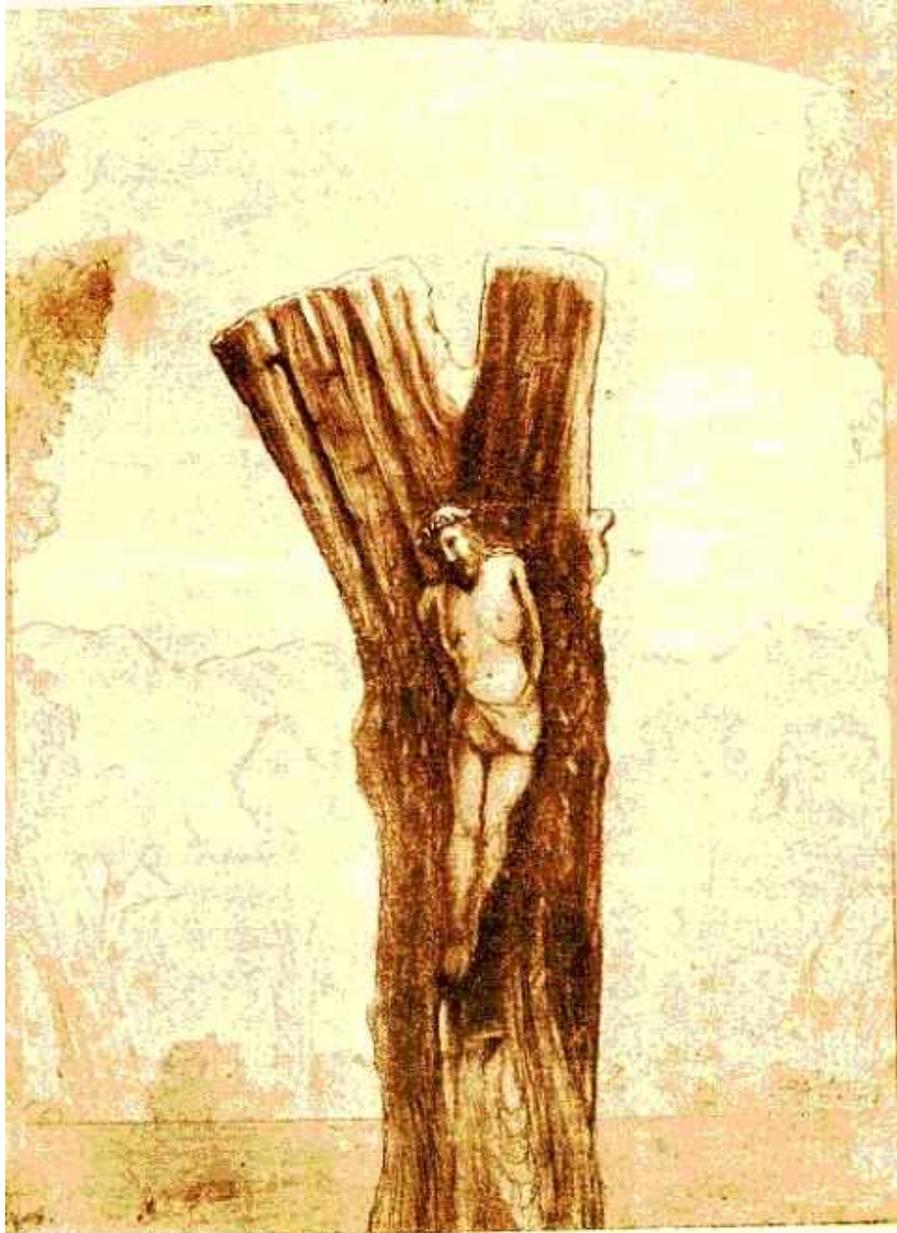
Encontramos al buen franciscano cuidando sus plantas, regando su pequeña huerta. En la rama de un duraznero, vimos colgada una ennegrecida chapa de bronce, como la que guarecen ciertas cruces.

-¿Y esto, P. Eduardo?, preguntamos, siempre curiosos.

-Era de un Crucifijo muy viejo, que usábamos en los funerales... Se quemó los otros días”.

De este modo, tal vez se perdió definitivamente la antigua Imagen, consumida por el fuego, como se perdió el crucifijo hallado en Limanche, como se perdió también la imagen en que se habían incrustado sus restos. Renca de Chile y Renca de San Luis, ya nada tienen de aquel prodigioso Arbol que el P. Ovalle describiera certeramente.

Pero le ha quedado al pueblo puntano, nos ha quedado a todos nosotros una milagrosa imagen, única y original, que constituye singular galardón para esta tierra que todo lo dio, hasta ser “la provincia más pobre”, al decir de los turistas de la historia.



*El Milagroso Señor del Espino o Señor de Renca (1857)
que se venera en San Luis.*

La mano de un modesto artesano, el fervor de un hombre del pueblo, cuyo nombre tenemos la alegría de divulgar desde esta alta y cordial tribuna, encendió esa llama de eterna esperanza.

Acaso algún día un verdadero artista estudie y analice esa imagen tan querida. Mientras tanto, nosotros destacamos su originalidad y su humilde grandeza.

No es, de ningún modo, la figura trágica. Tiene, en cambio, un hondo sentimiento, una serena resignación, como si algo de la esencia de este pueblo se hubiese volcado en la madera recia.

¿En qué modelo se inspiró don Manuel Paz, para realizar la joya puntana?. Difícil es determinarlo. Pero mientras que el Crucifijo de Renca nos trae el

recuerdo de las obras de Alonso Cano, el Señor del Espino parece más bien tomado del Cristo de la Luz, llamado también "La Perla", que atribuye al escultor castellano Gregorio Fernández.

No creemos que Paz haya querido representar un Cristo yacente. El poco diámetro del leño utilizado, lo obligó a dejar los brazos de la imagen unidos al torso, simplificando de paso la tarea en la que, seguramente, no se pretendería maestro.

Sin embargo, la imagen es mansa, sentida, suave; por lo que nos explicamos fácilmente su hondo arraigo en el pueblo.

La historia argentina, en general, ha sido mal escrita, deformada y hasta ignorada en muchos de sus aspectos. No obstante, desde hace algunos años se advierte un marcado interés por aprender y enseñar las cosas como fueron. Esto obliga, muchas veces, a trocar la pluma en ariete, para demoler ciertas pretendidas verdades históricas. Labor ingrata como ninguna, pero saludable y patriótica.

A lo largo de estas deshilvanadas páginas, hemos tratado de reseñar la verdadera historia del Señor de Renca. Y si, acaso, fue doloroso tener que aventar tal o cual tradición, confiamos haber puesto de relieve nuestro sincero propósito de entregar a San Luis, sobre un pedestal de documentos fidedignos, una joya del arte cristiano, única e incomparable.

Que el pueblo puntano guarde por los siglos esa dulce fuente de esperanza. Y que las aguas de esa fuente se vuelquen, eternamente, sobre esta tierra, que amamos como si fuera nuestra.

*****FIN*****